



Litj. de Duro.

EL GENERAL DE DIVISION D. FLORENCIO VILLAREAL.

CAPITULO CUARTO.

PRIMERAS CAMPAÑAS EN EL SUR.

Estado de la opinion.—Lo que valió el nombre de Comonfort.—Lo que pensaba el gobierno.—Resuelve Santa-Anna ir al Sur.—Sale el 16 de Marzo.—Temores de los ministros.—Encuentros en el Mescala.—Llega Santa-Anna á Chilpancingo.—Una águila imperial.—Pompa de recibimientos y fiestas.—Accion del Coquillo.—Caen prisioneros Indart y Vargas.—Penalidades de la marcha del ejército.—Le cortan las comunicaciones.—Consternacion en México.—Tristes comentarios.—Sospechas de los ministros.—Llega el ejército á Acapulco.—Estado del castillo de San Diego.—Ataques.—Heroica defensa de Comonfort.—Gente que tenia.—Propuestas seductoras.—Las rechaza Comonfort.—Inaccion del ejército.—Santa-Anna levanta el campo, y se retira.—Horrible espectáculo.—Fusilamiento de Indart y Vargas.—Gloria de Comonfort por la defensa de Acapulco.—Actitud del general Alvarez.—Lo que pudo suceder.—Destrozos del ejército al retirarse.—Le persiguen Alvarez y Moreno.—Deserciones y enfermedades.—Accion del Peregrino.—Lo que perdió Santa-Anna.—Paso del Mescala.—Vuelve á México.

AUNQUE el gobierno aparentaba despreciar la revolucion del Sur, estaba muy lejos de considerarla tan impotente como decia. Los primeros encuentros que sus tropas hubieron de sostener con los pronunciados,

vinieron á revelar desde luego, que en el terreno de las armas habia que luchar con gente decidida; y por lo tocante á la opinion, si bien el país estaba fatigado de revueltas, y entraba de mala gana en un nuevo movimiento revolucionario, podia éste contar con los votos de la nacion, no menos cansada de llevar á cuestras el peso de la dictadura.

Las primeras calificaciones que de la revolucion se hicieron en los órganos de la prensa y en los documentos oficiales, habian causado desfavorable impresion entre los buenos amigos de la libertad y del orden, porque ni unos ni otros podian aprobar un levantamiento tumultuario sin plan político, ni secundar las miras de una demagogia sin freno, que viniese á desconceptuar la causa del pueblo, ni menos tomar parte en una simple rebelion que podia ser hija de resentimientos personales ó de venganzas privadas.

Pero estas malas impresiones primeras se disiparon pronto, porque no tenian por fundamento sino las calumnias que los enemigos de la revolucion propagaban. El plan de Ayutla, bien que á escondidas y con el mas profundo sigilo, por el terror que infundian las venganzas del gobierno, fué revelando poco á poco á toda la República, la justicia y la legitimidad de los proyectos libertadores que se anunciaban; y la revolu-

cion disipó todas las dudas que podian ofrecerse acerca de la pureza de sus intenciones, desde que pudo manifestar al país que tenia entre sus corifeos á Don Ignacio Comonfort. Lo que valió este nombre á la revolucion del Sur, hizo recordar á muchos en aquella época, lo acontecido en Francia con la revolucion de 1848: "Lamartine ha tomado parte en ella," decian sus amigos; y estas palabras tranquilizaban á los que veían en aquel movimiento una funesta renovacion de los horrores demagógicos.

No estaba tan ciego el gobierno que no viese todas estas circunstancias, ni el dictador se consideraba tan seguro en su asiento, que dejase de temer á tales enemigos. Así que, despues de esforzarse cuanto pudo para mantener viva en la opinion pública la mas profunda aversion á las revoluciones, y despues de pintar á la del Sur como una empresa demagógica y vandálica, resolvió caer sobre ella con todo su poder para darle un golpe del cual no pudiera recobrase.

El dictador no quiso confiar á ninguno la realizacion de este proyecto, y determinó llevarle á cabo por sí mismo, poniéndose al frente de una brillante division que pasaba de 5,000 hombres de todas armas, con la cual salió de México el 16 de Marzo de 1854, con direccion al Sur.

No dejó de causar notable sensacion aquella salida, que segun las especies propagadas por los amigos del gobierno, distaba mucho de estar justificada por las circunstancias. Tantos preparativos, tantos pertrechos militares, tantos hombres de armas, no estaban en correspondencia con la pequeñez de los enemigos á quienes iban á combatir, y menos se conciliaba todavía con esto la circunstancia de que al frente de tan lucida espedicion se pusiera el mismo jefe del Estado, arriesgando en un clima ardiente y mortífero, y entre enemigos despreciables y bárbaros, aquella vida que, segun la fraseología servil de la época, era tan interesante y tan preciosa.

Lo cierto es que entonces se le reveló por primera vez al país la importancia de la revolucion del Sur, ya porque la gravedad de aquellas medidas la estaba claramente manifestando, ya porque se supieron y se comentaron en el público ciertos secretos de palacio y de gabinete, que pintaban lo crítico de la situacion á que habian dado lugar los acontecimientos de Guerrero.

Los ministros de Santa-Anna se habian opuesto á su salida, con todo el empeño que les permitian sus hábitos de ciega sumision; mas no pudieron hacerle desistir de su propósito, y despues no pudieron disi-

mular la honda inquietud que aquella ausencia les causaba. Temian que animados con ella los descontentos, promoviesen alguna insurreccion en la capital, y ellos se consideraban sin fuerza para reprimirla. Temian que Santa-Anna no volviera, ó porque se lo impidiese algun revés de la campaña, ó porque cayese en alguna celada de los enemigos, ó porque perdiese la vida en alguna sorpresa, ó por cualquiera otra de las mil causas que podian ocurrir improvisamente. Hasta la solemnidad de ciertas prevenciones que se hicieron antes de emprender la marcha, dió nuevo pábulo al pavor de los ministros y de sus allegados. El presidente habia dejado cerrado y sellado en el ministerio de relaciones, un pliego en el cual estaban designadas conforme al decreto de 16 de Diciembre, la persona ó personas que debian sucederle en el mando para el caso de que no pudiera volver. Aquello era una especie de testamento, que arrojaba cierto color fúnebre sobre las cosas que estaban pasando.

Entre tanto, el general Santa-Anna, al frente de sus brillantes tropas, caminaba para el Sur, con el aparato de un rey y la pompa de un conquistador. La adulacion habia dispuesto en todas partes magníficos recibimientos, y los periódicos de la capital se llenaban con la relacion pomposa de aquellas demostraciones. Iban con el ejército personas que cuidaban

esclusivamente de que no faltaran estas apariencias, y escritores encargados de poner en su punto tales lisonjas.

El ejército atravesó los distritos de Cuernavaca, Tasco é Iguala, sin ver mas que espectáculos halagüeños, ni escuchar otro ruido que el de los aplausos que se tributaban á su jefe, y no tuvo ningun mal encuentro hasta que llegó á las orillas del Mescala. El terrible guerrillero Don Faustino Villalva se habia situado en las márgenes de aquel rio, con la investidura de comandante militar de la demarcacion, que le habia dado ya el general en jefe del pronunciamiento, y allí aguardaba denodadamente á los invasores del Sur, con ánimo de darles un buen golpe. Dos veces los atacó al pasar el rio por diferentes puntos, y en ambos encuentros les causó grandes pérdidas, haciéndoles muchos muertos y prisioneros, y quitándoles considerable botin de las inmensas provisiones que llevaban.

Despues de esto, llegó el general Santa-Anna sin tropiezo alguno hasta Chilpantzingo, donde estaba situado el cuartel general. Allí, como en todas partes, fué objeto de las mas estravagantes adulaciones; y merece ser contada una puerilidad que revela por cierto lado el carácter, ó mas bien, el espíritu de la época. En una gran revista, una soberbia águila (que se lla-

mó imperial), se cernió largo tiempo sobre las tropas; y despues de describir varios círculos, cual si buscara una presa en que cebarse, ó un sér á quien saludar de parte de Júpiter, abatió repentinamente su vuelo, parándose cerca del dictador, sin que la espantara el brillo de las armas ni el ruido de tanta gente reunida. La reina de las aves no se dejó tocar de nadie, sino del afortunado general; y así entonces como despues, solo con él se mostraba tratable y sumisa, mientras que conservaba su desden de soberana y sus salvajes instintos con todos los demas que osaban acercarse á ella.

Los periódicos de México publicaron unas comunicaciones de Chilpantzingo, en las cuales se relataba este hecho. De él se habló seriamente, y se hicieron comentarios para deducir los futuros destinos del dictador. ¡Y nadie se atrevió á protestar solemnemente contra una farsa que ultrajaba las creencias y la civilizacion del siglo, resucitando en medio de nosotros la supersticion de los augurios paganos!

Despues de algunos dias pasados en regocijos y fiestas, Santa-Anna emprendió su marcha en direccion á Acapulco, no sin encontrar por el camino diferentes partidas de gente armada, que si no eran suficientes para atajarle el paso, por el excesivo número de sus

tropas, bastaban para molestarle, y favorecer la desercion de sus soldados, que fué muy considerable desde que penetraron en aquellos climas ardientes é insalubres.

Ninguna resistencia formal hicieron los pronunciados, hasta que Santa-Anna llegó al Coquillo, porque además de no tener aún la conveniente organizacion para comprometer una campaña campal con la gruesa fuerza que invadia sus tierras, entraba en sus miras dejarla avanzar por aquellos parajes desolados, donde los ardores del sol, las enfermedades del clima, la escasez de recursos y las demas penalidades de una marcha tan imprudentemente emprendida, habian de debilitarla en términos de ser fácil despues darla un golpe mortal en ocasion mas oportuna.

Creyeron, sin embargo, que podian dar una buena lección á su orgulloso enemigo al tiempo que pasara el rio Papagayo; y le aguardaron con este fin en el punto llamado el Coquillo, donde se trabó el dia 13 de Abril una pequeña accion, que aunque de insignificantes consecuencias, bastó, sin embargo, para dar á conocer al general Santa-Anna, que se las habia con gente resuelta y valerosa. Su arrojo, sin embargo, no les impedia tener prudencia, y ésta les aconsejó retirarse despues de algunas horas de combate, dejando

el paso libre á los enemigos para que fuesen penetrando en los lugares donde les aguardaban derrotas mas seguras. Algunos muertos y heridos por una y otra parte, fueron el resultado de la accion del Coquillo, quedando prisioneros en poder de Santa-Anna, dos desgraciados oficiales, llamado el uno Don José Miguel Indart, capitan de la primera compañía de San Márkos, y el otro Don Nicanor Vargas, capitan de plana mayor del batallon de Costa Chica.

Despues de la funcion de armas del Coquillo, el ejército del general Santa-Anna continuó su marcha sobre Acapulco, hostilizado siempre por los pronunciados, que aparentaban retroceder delante de él, con el objeto de inspirarle una necia confianza. El dictador y todos sus generales se dejaron engañar por aquellas apariencias; y siguieron adelante menospreciando á un enemigo que huía, sin que les hiciera caer en la cuenta de su error, la circunstancia de verle á todas horas y en todas partes, ni la de encontrarlo todo arrasado, sin víveres para la tropa, los caballos y las acémilas, y sin agua para apagar la sed, como si toda la comarca fuera un desierto. Por fin, el 19 de Abril, despues de una marcha en la cual sufrieron las tropas penalidades increíbles, Santa-Anna llegó á las goteras de Acapulco con un ejército harto mermado ya por

las enfermedades y las deserciones, pero que pasaba todavía de 5,000 hombres de todas armas.

Poco despues que Santa-Anna salió de Chilpantzingo, los pronunciados se interpusieron entre su ejército y aquella ciudad, cortándole enteramente las comunicaciones; y á consecuencia de esto, trascurió mas de un mes sin que en la capital se supiera nada del dictador ni de su gente. Fué de ver cómo se aumentaba por grados la consternacion, á medida que se pasaba el tiempo sin tener noticia del ejército expedicionario, cuando se creía que su marcha habia de ser una série de continuas victorias. Parecia que la tierra se habia tragado aquellos 5,000 hombres y á su jefe, y corrian los mas estraños rumores, que el miedo de los unos, y la alegría de los otros, interpretaban siempre de una manera desfavorable. Ya se decia que los pronunciados del Sur los habian derrotado completamente aguardándolos en una emboscada, al trepar por algun desfiladero, ó al atravesar algun rio: ya se sospechaba que se habian perdido en aquellas breñas inaccesibles, donde no habia caminos ni veredas mas que para las bestias feroces: ya se temia que hubiesen perecido todos de hambre, de fatiga y de sed, en algun desierto abrasado por el sol, donde no habian encontrado ni un manantial que los refrescara, ni un árbol que les diera sombra. En fin, todo lo que se decia sobre la suerte

del ejército, era siniestro y terrible para los que de él esperaban el esterminio de la naciente revolucion y el aseguramiento del poder unitario.

Los ministros del dictador se veían mas que nadie acongojados por estos temores, cuya realizacion podia dejarlos de repente entregados á su impotencia: pero el temor de los ministros tomó muy diferente sesgo, segun dijo entonces la voz pública; sus sospechas fueron mas allá que las sospechas de la multitud: esta no presagiaba mas que desgracias para el dictador y su gente; los hombres del gabinete temieron una falsía; desconfiaron del hombre á quien habian ensalzado como un ídolo; sospecharon que podia celebrar con los rebeldes alguna transaccion que los precipitara de sus puestos; y aun se dijo que habian osado abrir el pliego cerrado que se guardaba en el ministerio de relaciones, por ver si encontraban en él algun medio de calmar los temores que los atormentaban. Tal fué por lo menos el rumor que corrió entonces, harto justificado en cuanto á las sospechas, por el carácter receloso de las personas que formaban el gabinete, bien que no haya datos para atestiguar el hecho que se les atribuyó, de la apertura del pliego.

Debilitado por la fatiga y las privaciones, pero fuerte todavía por el número, por la disciplina y por el

valor, llegó como hemos dicho, el ejército de Santa-Anna á los suburbios de Acapulco, el 19 de Abril de 1854, entre once y doce de la mañana, y se situó al Norte de la ciudad por el rumbo de las Huertas, hasta un punto que se llama el Farellon.

Desde el 16 Don Ignacio Comonfort habia declarado la plaza en estado de sitio, reuniendo en la autoridad militar todas las atribuciones de las autoridades civiles; prohibiendo la salida de la ciudad sin pasaporte de la inspeccion de policía; declarando obligados á los varones de diez y seis hasta cincuenta años, á tomar las armas, ó á prestar cualquiera otro servicio que se les exigiera; sometiendo á un consejo de guerra á los que auxiliaran al enemigo; y ofreciendo, por último, toda clase de proteccion á los agentes consulares de las naciones amigas, á quienes se dejaba en libertad para fijar su residencia donde quisieran.

El 19, Comonfort dirigió la palabra á sus soldados, invitándolos á pelear hasta vencer ó morir por la libertad, por la patria y por la gloria, pero recordándoles que en la hora del triunfo debian tratar como hermanos á los soldados enemigos. Para éstos tuvo tambien el defensor de Acapulco palabras de afecto y de conciliacion, con las cuales les pintó la triste glo-

ria de triunfar defendiendo á la tiranía, y la desdicha de perecer por ella.¹

Hecho esto, se encerró en la fortaleza con sus valientes compañeros, y esperó al enemigo con la calma de un justo y la resolucion de un héroe.

Heroismo era menester para no desmayar á la vista de tanta fuerza enemiga y de tanta debilidad propia. Temblaban de espanto los habitantes de Acapulco al contemplar las terribles consecuencias de una desgracia que tenian por inevitable. ¿Cómo habia de defenderse un puñado de hombres en un castillo desmantelado, contra mas de cinco mil combatientes, los mejores soldados que entonces tenia la República, mandados por la flor de los generales mexicanos? Era segura una derrota; y en tal caso, ya veían aquellos habitantes á sus amigos los defensores de la fortaleza, perecer en horrible carnicería á manos del vencedor, y á la ciudad tratada como pueblo enemigo.

Sobrada razon habia para hacer estas tristes reflexiones, porque el castillo de San Diego era indefensible en el estado en que se hallaba. Hacia tres meses que el gobierno le habia mandado reconocer por el ingeniero Don Manuel Aljobin, quien le habia

¹ Véase esta proclama en el *Apéndice* bajo el Núm. XI.

encontrado desprovisto de todo, sin pertrecho ninguno, sin municiones, sin un cañon capaz de sufrir tres disparos, y en tal estado de ruina, que calculó seria necesario gastar setenta y dos mil pesos para hacer en él las reparaciones mas indispensables.

No habia gastado tanto el nuevo gobernador de la plaza, porque estaba bien escaso de recursos, y tenia que emplear los pocos con que contaba, en la subsistencia de su corta guarnicion. Su actividad, sin embargo, y sus desvelos habian hecho en la fortaleza cuantas mejoras habian sido posibles durante un mes de trabajo y de constancia; de tal suerte, que cuando las tropas de Santa-Anna llegaron allá el 19 de Abril, pudo recibirlas á cañonazos, con el objeto de no permitirles tomar posiciones ventajosas en las cercanías.

Colocadas á consecuencia de esto, fuera del alcance de los fuegos del castillo, nada hicieron durante todo el dia, sino poner en los puntos avanzados unas banderas blancas, como en señal de parlamento; pero Comonfort mandó que el castillo hiciera fuego contra estas señales, y fueron quitadas.

Santa-Anna pudo creer que un ataque repentino y á deshora sobre la fortaleza, bastaria para que se le rindiera la pequeña guarnicion que la defendia. Dis-

puso en consecuencia, que 900 hombres pertenecientes en su mayor parte á la brigada de Costa Chica, dieran un asalto á las tres de la mañana del 20. Esta operacion fué ejecutada con habilidad y arrojo; pero el intrépido defensor de Acapulco velaba, y habia tomado bien sus medidas para no ser sorprendido. Tres líneas de defensa estaban establecidas, y se habian cubierto con avanzadas todos los puntos por donde el enemigo pudiera penetrar en la plaza. En la línea exterior habia cuatro fortines que tenian los nombres de Alvarez, Moreno, Comonfort y Solís. Una de las columnas asaltantes atacó por el rumbo de Rio Grande, donde estaba de avanzada la primera compañía del batallon de Galeana, la cual al replegarse al centro de las fuerzas del castillo, arrastró consigo un gran número de enemigos que fueron hechos prisioneros al acercarse al fortin Solís, adonde habia acudido oportunamente el coronel Don Rafael Solís, á cuyo cargo estaba la línea exterior de defensa.

Aclaraba el dia cuando el combate se hizo general en toda esta línea; y Comonfort, que desde que oyó los primeros tiros á las tres de la mañana, habia estado recorriendo todos los puntos para animar á los soldados y dictar las disposiciones convenientes, mandó que 50 hombres de San Gerónimo y la compañía de matriculados, á las órdenes del ayudante Don José Ma-